

## Un proceso de mediación para El Salvador

**D**esde el 10 de enero de 1981 lo que era en El Salvador un estado de guerra civil latente se ha convertido en una guerra civil desatada, que no sólo tiene características bélicas en las amplias zonas de combate del norte del país, sino que también las tiene a lo ancho de todo él, aunque con características diferentes en cada departamento y en la capital. Desde esa fecha no menos de cinco mil combatientes del ejército popular han empezado a enfrentarse abiertamente contra el ejército oficial. Mostró aquél tal potencia de fuego y tal organización que Estados Unidos y la propia Junta confesaron que sin una masiva ayuda militar norteamericana, que incluye armas y asesores militares en número no inferior al diez por ciento de los oficiales salvadoreños, los revolucionarios pronto se apoderarían de la mayor parte del territorio y sustituirían al actual gobierno y su ejército por los de la oposición. La gigantesca campaña emprendida por la administración Reagan para demostrar la fuerza armamentista del FMLN prueba bien a las claras el temor que desató el inicio de la ofensiva general. Estados Unidos no se dejó engañar por la propaganda oficial que hablaba de una derrota de la ofensiva popular; sus gobernantes saben bien que no hubo tal derrota y que las fuerzas militares populares, aunque no consiguieron derrocar en el primer embate a las adversarias, demostraron una potencialidad no sospechada hasta entonces.

En esa fecha, efectivamente, se entró en lo que se denominó por el FMLN plan de iniciación de la ofensiva general. Lo que hasta entonces había sido predominantemente etapa de movilización de masas, de organización militar, de hostigamiento del enemigo, se convirtió en enfrentamiento militar abierto. Era un paso inevitable por la cerrazón de la actual Junta de Gobierno y, sobre todo, de la facción derechista del ejército, junto con la miopía interesada de Estados Unidos para ar-

*bitrar algún medio eficaz que pusiese freno a la masiva represión y diese paso a una solución que respondiese a las necesidades del país.*

*La destrucción que se dio en la etapa ya pasada de latente guerra civil, puede servir de indicador para lo que puede llegar a ser la de guerra declarada y total. Efectivamente, en el año 1980 los muertos pueden calcularse en cerca de 15,000, de los cuales no menos de 10,000 pueden considerarse muertos a manos de la Fuerza Armada, cuerpos de seguridad y las bandas paramilitares, que actúan —según confesión de ex-funcionarios del gobierno, miembros del propio ejército, Socorro Jurídico, Comisión de Derechos Humanos, organismos internacionales y aun la propia extrema derecha salvadoreña— en conexión con los cuerpos policíacos. El deterioro de la situación económica, ya sumamente precaria a finales de 1979, puede valorarse, si se tiene en cuenta que ha habido un decremento en el crecimiento económico cercano al 15%. El deterioro social puede medirse por las decenas de miles que han tenido que emigrar sea a campos de refugiados dentro y fuera del país, sea a lugares lejanos de los suyos originarios; una atmósfera de terror paralizante ha invadido a la sociedad salvadoreña. El deterioro político queda patente por la prolongación por más de un año del Estado de Sitio, del Toque de Queda por más de dos meses, por el asesinato de líderes políticos (Mario Zamora, Melvin Orellana, la dirigencia del FDR...), de líderes religiosos (Monseñor Romero, varios sacerdotes, las religiosas norteamericanas...), de líderes sindicales, y otros; puede decirse que toda la dirigencia política opositora, aun la más moderada, se ha visto forzada a salir del país por ver cómo se hacía imposible toda actividad democrática y cómo su vida peligraba de manera directa e inmediata.*

*Pues bien, toda esta destrucción que ha llenado de horror al mundo entero y que está colocando a El Salvador al borde del colapso económico, político y social, se ha agravado desde el 10 de enero. La cifra de muertos civiles —dejando de lado las bajas militares y paramilitares— es en los primeros dos meses y medio del año superior a los cinco mil. Una buena parte del ejército oficial combate con aviación, artillería e infantería contra los reductos principales del ejército popular, sembrando la destrucción en amplias zonas, según aquel principio usado en Vietnam de que para atrapar al pescado lo mejor es secar el estanque. Aumentan los sabotajes, que junto con la inseguridad social, están llevando al país a un estado de desesperación y lo que es peor de inviabilidad nacional.*

*Todo ello —no hemos hecho sino apuntar algunos rasgos— nos obliga a pensar que es necesario encontrar una pronta solución que ponga coto a la destrucción y abra el camino de una inaplazable reconstrucción. Solución tanto más urgente*



*cuanto el conflicto puede arrastrar a toda la zona a extremos de máxima gravedad. Basta con leer la prensa internacional y escuchar declaraciones de los máximos dirigentes mundiales para percatarse de que el problema de El Salvador es, desde luego, un problema regional, pero es también un problema mundial, del que incluso han hecho cuestión fundamental las dos superpotencias.*

*Postular en estos momentos una pronta solución distinta a la militar no constituye en modo alguno un coyunturalismo miope o interesado. Por el contrario, es la consecuencia lógica, tanto ética como política, del sistemático análisis que ECA ha venido realizando del proceso salvadoreño. Hoy como ayer el análisis tiene que fundarse en las posibilidades que objetivamente se abren y cierran en la historia de El Salvador a la luz de la racionalidad científica, y no de voluntarismos idealistas o de intereses sectarios. Pese a quien le pese, la guerra formal ha cerrado un capítulo de la historia salvadoreña y es obligación de los actores sociales reconocer este hecho nuevo que abre perspectivas cerradas hasta ayer. La historia es irreversible: la guerra que ayer pudo aparecer como tristemente inevitable, hoy constituye parte del problema que hay que resolver. Un problema que, como hemos dicho, no sólo compete a El Salvador, sino que ha adquirido dimensiones mundiales.*

*¿Cómo resolver este problema interno y a la vez externo? Para encontrar la solución es preciso tener en cuenta algunos puntos fundamentales.*

### **1. Premisas fundamentales y sus consecuencias**

*Algunas premisas fundamentales pueden ayudar a encontrar un marco teórico común que apunte a unas consecuencias operativas.*

*Como primera premisa habría que compartir la convicción de que una solución puramente militar, aun en el caso de que fuera posible en corto o mediano plazo por uno u otro lado, dejaría al país destruido y, por tanto, dada su densidad poblacional actual y futura —cerca de diez millones de habitantes para dentro de veinte años— no sería solución alguna, ni siquiera en términos de pura estabilidad social. El accionar de los dos ejércitos ha demostrado hasta el momento que ninguno de ellos puede derrotar decisivamente al otro, con lo que, si la lucha continuara por bastante tiempo más —bastaría el que fuera un año—, el desgaste en vidas humanas y en recursos se haría insostenible. Volveremos sobre este punto más tarde, al barajar la hipótesis de que una intervención masiva norteamericana pudiera lograr las apariencias de un triunfo militar.*

*Como segunda premisa estaría el que una solución política debe contar con las causas reales y profundas del conflicto, que no son otras en lo fundamental que la estructura socio-económica, política, militar e ideológica del país, no sería una solución real. Una solución política que no contara con las fuerzas sociales emergentes y con su grado de conciencia, organización y solidez, no podría ser solución, porque dejaría latente un gravísimo elemento, objetivo y subjetivo, de desestabilización.*

*Como tercera premisa habría que señalar el que una solución política maximalista por parte del sector revolucionario no se ve factible, ni siquiera necesaria o deseable en este momento. Es imposible que sea aceptada por Estados Unidos y, por tanto, no parece ser ni militar ni económicamente viable. No contaría con el apoyo decidido y sin reservas de los países democráticos que están a favor de una solución democrática-revolucionaria. No alcanzaría en el interior del país la suficiente solidaridad, ni la suficiente coincidencia de intereses cooperación entusiasta, sin las que es imposible una etapa de reconstrucción, tan dura como la que espera a El Salvador. Es preciso reconocer que están lejos de darse las condiciones externas e internas para que sean factibles de momento las exigencias del ideal revolucionario.*

*De estas premisas fundamentales se desprenden realmente algunas consecuencias. Tanto unas como otras no pueden ser más que indicadas, sin que sean lugar oportuno no sólo para su fundamentación sino para su desarrollo los párrafos de este editorial.*

*La primera consecuencia es que debe arbitrarse algún medio que permita avanzar rápidamente hacia una salida pactada, que haga justicia a la realidad objetiva del país y al estado en que se encuentra la actual correlación de fuerzas. Esto no parece posible a través de un puro diálogo, que sería insuficiente, ni mediante una negociación bilateral directa de las dos partes*

*en conflicto y guerra civil. De ahí se sigue que se requiera una mediación internacional, que en un principio podría ser de fuerzas sociales y/o personalidades representativas para después ser garantizada por países democráticos.*

*La segunda consecuencia, dada la virulencia actual de las acciones y de los ánimos y, sobre todo, dada la existencia de múltiples modos de represión y de violación de los derechos humanos, parecería ser la de que se deben pactar previamente aquellas medidas de suavización del conflicto y de apertura de espacios políticos y sociales, que facilitarían la mediación propiamente tal y que crearían una esperanza colectiva nacional para aceptar los resultados de la mediación y para favorecerla, si es que estos resultados correspondieran a las necesidades objetivas y subjetivas del país.*

*La tercera consecuencia sería la exigencia de una máxima responsabilidad en la negociación por las dos partes y por los mediadores. Esto implica, ante todo, voluntad decidida de encontrar aquello que realmente responda a las necesidades del país, lo cual supone un conocimiento objetivo y una justa valoración de las mismas. Implica responsabilidad, en segundo lugar, para acortar al máximo los sufrimientos del pueblo y la destrucción de los recursos del país, así como para facilitar la convivencia futura de amplios sectores de la población. Implica responsabilidad por parte del sector democrático-revolucionario para no traicionar ninguna de las exigencias justas del pueblo y de las masas secularmente oprimidas, ninguna de las demandas por las que tan justamente y con tanto sacrificio y sangre vienen luchando, pero a la vez para ajustarse al máximo a lo que son las posibilidades reales actuales y no meramente imaginadas o deseadas a partir de actitudes que son justas pero quizá no ajustadas a las condiciones reales internas y externas. Implica responsabilidad por parte del sector gubernamental y militar para no prolongar, ni menos agravar, una situación que con el poder en sus manos ha llevado al país a extremos de gravedad y perversidad nunca igualadas en la historia de El Salvador. Todo ello implica finalmente urgencia, aunque de la urgencia debe excluirse cualquier forma de precipitación.*

*Estas premisas y estas consecuencias, que sobre el papel parecen justas, pueden encontrar graves dificultades e inconvenientes, pero también factores positivos que pueden facilitar una solución pactada, que sea suficiente y no quede por debajo de mínimos inaceptables.*

## **2. Factores positivos y negativos para la mediación**

*Reflexionemos brevemente sobre los factores que pueden hacer imposible o insuficiente la mediación.*

*Nos encontramos, ante todo, con una falsa apreciación de lo que es el conflicto actual. Se trataría, según la opinión oficial norteamericana, a la que se pliega el poder gubernamental y militar, de un conflicto artificialmente inducido por intereses de la URSS y del comunismo internacional. Aun reconociendo la existencia de una realidad estructuralmente injusta y coyunturalmente represiva y corrupta, norteamericanos y gobiernistas se empeñan en sostener que la solución democrático-revolucionaria no pretende resolver los problemas del país sino que pretende ampliar el espacio de influencia soviético, poniendo en peligro los intereses norteamericanos, su seguridad nacional y sus ideales democráticos. No se quiere reconocer que en la oposición no sólo están las propuestas que atacan de raíz los problemas nacionales más graves, sino también los hombres más honestos y cualificados del país. No reconocen que el sector revolucionario ha madurado y racionalizado sus pretensiones ni reconocen que las condiciones internas y externas no les permiten ni en el presente ni en el futuro ningún exceso irracional. No se quiere reflexionar sobre el hecho de que los principales promotores y lanzadores del proyecto reformista del 15 de octubre han abandonado el poder y aun el Partido Demócrata Cristiano, demostrando así que la explicación oficial del conflicto es equivocada.*

*Nos encontramos, en segundo lugar, con que hay quienes piensan todavía que la actual Junta militar democristiana puede resolver el conflicto, si se le da la debida asistencia militar y económica. Los hechos demuestran, después de un año, que esa solución implica una masiva represión, que no sólo lleva a la supresión de toda actividad democrática en el campo de lo político, sino que lleva consigo —ha llevado y seguirá llevando— al asesinato de miles de ciudadanos inocentes. Implica, al mismo tiempo, la presencia en el poder de una facción militar, cuya conexión principal es con la oligarquía salvadoreña, que retornaría al poder total en cuanto desapareciera la oposición democrático-revolucionaria. Esa solución ha conseguido contar con todo lo que había pedido: desalojo del poder civil y militar de todos los miembros que proponían un diálogo y un pacto con la oposición; ayuda militar de los Estados Unidos hasta el punto de decir que ya no pueden asimilar mayor aporte; franquía para perseguir, apresar y matar a todos cuantos se oponen incluso democráticamente al proyecto; impunidad total de sus acciones; todos los medios de comunicación a su disposición; facultad omnimoda de legislar, decretar y de constituir autoridades... Sus resultados ahí están.*

*Hay también quienes piensan, y ello se convierte en grave dificultad, que puede ser ahogada definitivamente la oposición revolucionaria. No quieren reconocer que las condiciones objetivas del país son la principal causa de esa oposición y que*

*mientras no cambien esas condiciones tal oposición resurgirá pujante, aunque traten de aniquilarla. Recíprocamente si esa oposición sigue pujante, a pesar de las reformas estructurales ofrecidas, es que éstas no son el remedio adecuado a la situación del país, tal como se están llevando a cabo y tal como el actual gobierno las puede llevar a cabo. Pero, aun cuando la oposición fuera severamente debilitada, debería recordarse que en El Salvador bastarían unos pocos cientos de guerrilleros, respaldados por obreros y campesinos, para seguir desestabilizando el país e imposibilitar así su reconstrucción. Sólo si la oposición, la oposición actual democrático-revolucionaria, participa del poder, es posible una paz social y un pacto político.*

*Hay una cuarta dificultad importante referente asimismo a los actuales detentadores del poder. Consiste en sobreestimar sus fuerzas de victoria y en autoconvencerse de que triunfaron en las acciones militares de enero o en las que han seguido desde entonces en Conchagua, Morazán, Suchitoto y Guazapa, Chalatenango, y otros lugares. Los jefes y los asesores norteamericanos saben bien que hasta ahora no ha sido así. No han sido derrotados, tampoco ellos; puede incluso que sea objetiva la afirmación de que tienen suficiente fuerza para mantenerse en el poder desde el punto de vista militar. Pero este mantenimiento depende de varias condiciones, y una de ellas esencial es el apoyo militar y económico de los norteamericanos, que puede cuartearse y hacerse cada vez más insostenible, como sucedió en el caso de Somoza, cuya política represiva no era más cruel que la de los actuales gobernantes de El Salvador. Así lo parecen indicar reacciones internacionales muy cualificadas, lo mismo que la creciente resistencia de la opinión pública estadounidense y de algunos políticos e instituciones influyentes a garantizar con el sello norteamericano una matanza generalizada que se está convirtiendo en genocidio. La fuerza real de los actuales detentadores del poder está en gran parte fuera de las fronteras de El Salvador y este apoyo exterior puede fallar en cualquier momento. No es difícil observar ya vacilaciones importantes en el propio equipo de Reagan, que ha empezado a hablar de la necesidad de una solución política.*



*Una quinta dificultad importante está en la desinformación casi total a la que se ve sometida la mayor parte de la población salvadoreña. Es cierto que esta desinformación no ha logrado oscurecer la gravedad de la situación del país, que se percibe a toda hora y en todos los campos de la actividad nacional. Pero tanta desinformación obstaculiza positivamente el que las clases medias, el capital no oligárquico, los militares honestos, muchos profesionales y, sobre todo, una gran parte de las clases más bajas lleguen a comprender que una solución mediada y negociada podría traer al país la paz, la justicia y la libertad que tanto necesita. Con esta desinformación se impide el que se haga visible y tome cuerpo aquella presión social, que obligara a dar pasos audaces en la apertura a las posiciones democrático-revolucionarias. No hay ya un solo medio de comunicación suficientemente poderoso para hacer ver a la opinión pública de un modo crítico e independiente lo que está pasando y sus posibles soluciones.*

*Pero no todo son dificultades e inconvenientes. Hay también, como adelantábamos, factores positivos que pueden facilitar una salida pactada con garantías de ser eficaz.*

*Está, ante todo, la disposición de las propias fuerzas revolucionarias y no sólo de las democráticas, que constituyen unitariamente el FMLN-FDR. El que coincidan sustancialmente ambos sectores en este punto es una buena prueba de la racionalidad y de la firmeza de esa disposición fundamental a aligerar los sufrimientos del pueblo salvadoreño. A esta disposición ha contribuido el ver que una victoria militar e insurreccional total tendría que prolongarse tanto que los costos serán altísimos. También ha contribuido a esta renovada disposición —la apertura de un diálogo con Estados Unidos fue anterior a las acciones militares de enero— la presión de aliados democráticos internacionales que, dada la situación mundial tan tensa, consideran más realista llegar a una rápida solución razonable que a una lejana y problemática solución ideal. Las fuerzas democrático-revolucionarias, en consecuencia, no pondrán obstáculos a una salida que haga justicia y se ajuste a las necesidades objetivas y subjetivas de las mayorías populares organizadas, por más que tengan que ceder en algunos puntos, tal vez importantes pero no imprescindibles. El idealismo revolucionario, cuando alcanza la debida madurez no está reñido con el realismo político, que busca las soluciones verdaderas y mejores entre las que son realmente posibles. No por eso quedarían defraudados los combatientes y las masas organizadas, porque siempre quedaría asegurada una sólida base de lanzamiento y una trayectoria que se vería controlada por las posibilidades internas y externas. Esto no supone, por el momento, que estas fuerzas estén dispuestas a abandonar su propio respaldo militar, sin el que la negociación carecería de eficacia.*

*Está, en segundo lugar, la necesidad internacional de que El Salvador deje de ser uno de los mayores impedimentos a una política de distensión tan necesaria en la zona y aun en todo el tablero internacional. Nunca en la historia moderna un país tan pequeño perturbó tanto al mundo entero. Esto significa que el problema real del país —no tenemos condiciones económicas ni estratégicas como para justificar esa atención y preocupación— es un problema que pone al descubierto los males que afectan actual o potencialmente a una gran parte de pueblos y naciones y al mundo en su conjunto. Lo cual hace que las macropotencias mundiales y también algunos países importantes de la zona, así como los países europeos, tengan un interés objetivo, en que se logre salir de este trágico impasse que mantiene en vilo al mundo y a El Salvador en el infierno.*

*Está, en tercer lugar, la inaplazable necesidad objetiva de solución, que ya se está sintiendo como una imperiosa exigencia subjetiva. El enfrentamiento militar era inevitable tras los fracasos de las sucesivas soluciones políticas y ante los fraudes electorales, así como tras la posibilidad, anegada en sangre, de las masivas movilizaciones de un pueblo concientizado y organizado. Es posible que esta inevitabilidad haya militarizado en exceso al sector revolucionario haciéndole descuidar acciones de tipo social y político con sus propias masas organizadas y con el resto de la población. Pero el mismo curso de las acciones militares ha llevado —y puede llevar aún con mayor fuerza— a la convicción de que es necesario un efectivo respaldo poblacional, masivo y selectivo, al proyecto político democrático-revolucionario. El aparente impasse militar y político con tan trágicas consecuencias en la vida diaria y en el desarrollo futuro de nuestra sociedad es un factor nuevo, que puede inducir a la participación de fuerzas nuevas hasta ahora poco operantes y a quienes la solución predominantemente militar no dejaba campo de acción. Amplios sectores obreros y campesinos, pequeños y medianos empresarios, militares honestos, sectores religiosos, educadores, profesionales, trabajadores del sector público y funcionarios, y otros núcleos de la población están sintiendo la necesidad de que pase el cáliz de sangre, de amarguras y de terror, de frustración y desesperanza. Ellos pueden presionar en favor de una solución pactada, donde ellos mismos tengan su lugar, su peso y su palabra. Se trata de que este amplio sector, todavía no comprometido con el proceso político de El Salvador, entre en diálogo y participe presionando a unos y a otros a negociar y a conseguir unos resultados, que les favorezcan en el presente y en el futuro. No se trata con ello de crear un centro entre dos extremos; esta posición está ya completamente desautorizada por los hechos pasados y por la realidad objetiva del país. Se trata tan sólo de que sectores cualificados, todavía no intervinientes en el proceso*



*político salvadoreño, entren en acción. Deben ellos por sí mismos ver sin engaños ni presiones quiénes les ofrecen las mejores perspectivas en el presente y en un futuro inmediato; deben decidirse a ser participantes activos en el destino de El Salvador, convencidos de que no prosperarán sus propios intereses, si no prosperan los intereses objetivos de las mayorías populares y si no se limitan drásticamente, hasta hacerlas desaparecer, las condiciones que favorecen el fortalecimiento de una pequeña clase dominante, última responsable en el interior del país del calamitoso estado económico, social y político en el que hoy estamos inmersos.*

*Sin duda pueden señalarse otros factores positivos así como otras dificultades y resistencias para dar salida al momento del proceso en el que nos encontramos, una vez que no se ve solución inmediata a través exclusivamente de acciones militares. Pero las expuestas pueden servir de principio de reflexión para iniciar ese conjunto de actividades, que implica la mediación.*

### **3. La mediación, nueva fase en el proceso salvadoreño**

*La etapa iniciada el 15 de octubre de 1979 ha fracasado ya y su fracaso debe ser bien estudiado para no repetirlo. Con aquella composición de fuerzas y con aquel plan que no tenía en cuenta los agentes determinantes del proceso, aunque sí tenía claros los proyectos estructurales que debían implantarse en El Salvador, no podía salirse adelante. El 15 de octubre fracasó como solución, pero aceleró la velocidad del proceso y puso en claro muchas cosas que antes se suponían pero que no se habían verificado. Ni que decir tiene que la verificación ha dejado muy atrás a las suposiciones.*

*Por parte del sector democrático-revolucionario la etapa de poner todo o casi todo el peso de la solución en factores puramente militares ha sido o debe ser superada. Indudablemente ha sido la actuación del sector gubernamental la que ha forzado de muchas formas a centrar excesivamente la actividad opositora en dos líneas predominantes: la de la lucha militar en el interior y la de la lucha diplomática en el exterior. Se ha respondido con ello un tanto mecánicamente a las posturas y a las acciones gubernamentales. Es hora de que el accionar militar quede reducido a sus justos límites, si es que la razón del proceso quiere ponerse en la validez del proyecto político propuesto, en el respaldo de las masas organizadas y no pura o exclusivamente, como es el caso de la parte gubernamental, en la fuerza de las armas y en la dominación del aparato del Estado.*

*Esta nueva etapa con características nuevas parece estar exigiendo intentar la mediación y la negociación. La mediación y la negociación pueden fracasar, incluso antes de que tomen cuerpo, pero si se ponen todas las condiciones para llevarlas adelante, el proceso histórico de El Salvador habrá recorrido un largo trecho y, tras él, aunque no se haya conseguido la solución final, ni siquiera resultados apreciables, estaremos más cerca de encontrarla. El que no vea ventajas objetivas en la mediación y negociación, en la negociación mediada, si es que se llevan a cabo de forma justa y racional, es que confía más en la fuerza con que cree contar que en la razón que le asiste, tanto para reclamar derechos como para resolver problemas atinentes al bien común por encima de los intereses parciales.*

*El objeto fundamental de la mediación puede sintetizarse por lo pronto en dos puntos fundamentales: a) quiénes serán los que van a poner en marcha las soluciones radicales del país: es el problema de la estructura del poder tanto ejecutivo y militar, como legislativo y judicial; b) qué proyecto social, económico y político se va a empezar a poner en marcha. Sobre estos dos puntos fundamentales, que rompen de verdad con el pasado y con todas las causales del desastre del país, debe versar la negociación mediada. Son de por sí enormemente difíciles y complejos, pero por lo mismo deben ser anteceditos de otros puntos más urgentes y fáciles de resolver que, como decíamos más arriba, humanizarán la situación, facilitarían el consenso ciudadano y suavizarían la negociación misma.*

*La promesa hecha por el gobierno y aceptada jubilosamente por Estados Unidos de que la solución política, necesaria en El Salvador, sean las elecciones, es una grave equivocación en las actuales circunstancias y lleva a perpetuar y agudizar el conflicto. El Ingeniero Duarte ya propuso esta solución recién llegado al país, después del 15 de octubre. Tras una serie de análisis y de discusiones públicas —que entonces sí eran posibles y hoy no lo son—, su propio partido le hizo comprender*

**que no se daban las condiciones adecuadas para un proceso electoral. Hoy es evidente que las condiciones son peores. El país entero está crispado por el asesinato de más de 15,000 ciudadanos, hay una guerra civil en gran escala, no hay censos fiables, las estructuras de los partidos están descuartizadas, todos los líderes democráticos de la oposición están exilados y su vida dentro del país no tiene la menor garantía, cualquier disidente es asesinado y el propio gobierno dice que es incapaz de impedirlo. El terror lo invade todo. La mayor universidad del país está cerrada e intervenida militarmente, a pesar de las promesas de su apertura hechas oficialmente, cuyo término último debiera haber sido el mes de diciembre pasado. Casi la mitad de las parroquias de la arquidiócesis de San Salvador han tenido que ser abandonadas por sus responsables, amenazados constantemente de muerte. Cada día aparecen 20 ó 30 cadáveres atrozmente torturados, además de los cientos que cada semana son víctimas de bombardeos y cañoneos. El Estado de Sitio y el Toque de Queda impiden cualquier reunión política y dan ocasión a toda suerte de cateos, retenes y apresamientos; el Decreto 507 deja a los mayores de dieciséis años, y aun a los menores de esa edad, sujetos a acciones judiciales de tipo militar sin garantía alguna... Para qué seguir con la enumeración. ¿Qué viabilidad tiene en estas circunstancias cualquier propuesta de elecciones generales? Incluso faltan decenas de miles de electores que han sido forzados por las circunstancias a abandonar el país.**



***Proponer como solución política inmediata la convocatoria de elecciones se convierte así en un pretexto para proseguir con una solución puramente militar, en la que el intervencionismo norteamericano juega la mayor parte en un abuso de poder, que debe ser rechazado como intolerable por los demócratas de todo el mundo. No conviene llevarse a engaño. Negociación mediada es una cosa, elecciones precipitadas es otra completamente distinta. Aquella se presenta como un paso que puede acercar la solución, ésta es un pretexto para profundizar y agudizar el conflicto. La promesa de elecciones es como un cheque en blanco para justificar democrática y políticamente el exterminio de la población opositora. Si se llevan a cabo pronto, no son sino una farsa; si tardan en realizarse, permiten seguir en lo que hasta ahora es práctica habitual genocida.***

***Otra cosa sería proponer como punto de mediación cuáles son las condiciones mínimas en tiempo y en pasos previos para que pudiera haber alguna garantía democrática de que las mayorías populares pudieran llevar a sus representantes auténticos al poder. Ni siquiera puede darse por supuesto que, en las actuales y próximas circunstancias, sea la democracia representativa el mejor modo de estructurar la democracia en el país.***

***Por ello tanto las fuerzas democráticas en el interior del país como las del exterior deben rechazar el pretexto de las elecciones y deben abocarse a propiciar esa negociación mediada como forma concreta de solución política. Para lograrlo debe impedirse todo intervencionismo militar exterior, incluida la descarada ayuda militar norteamericana —y no digamos la presencia de sus asesores, cuanto más la de sus tropas— que no hace sino agudizar el conflicto y hacerlo mucho más costoso en vidas humanas y en destrucción de recursos; deben impedirse asimismo aquellas acciones que dificultan la solución política o la retardan, aunque es imprescindible que el sector democrático-revolucionario pueda presentar credenciales de fuerza que obliguen a una verdadera negociación y no a la recepción de migajas inservibles. Positivamente se debe despertar en el interior activamente a todas las fuerzas que buscan una solución duradera, que realmente enfrente los gravísimos problemas del país para que persuadan a la Junta militar democristiana, mediante sus buenos oficios, a que acepte la mediación, generosamente ofrecida por fuerzas democráticas internacionales de primer orden y ya aceptada por el sector democrático-revolucionario. Iglesia, universidades, pequeña y mediana empresa, sindicatos y otras fuerzas sociales, deberían dedicar gran parte de su esfuerzo político a esta causa. En el exterior los países y las instituciones democráticas deben hacer sentir que la cuestión salvadoreña es un problema de los salvadoreños, de suerte que la colaboración extranjera sólo podrá ser aceptada cuando no interfiera con los propósitos y los intereses de los salvadoreños.***

***Ahora que las fuerzas opositoras, respaldadas por una poderosa alianza internacional, se han abierto a una negociación mediada, debe aprovecharse la circunstancia. La negociación mediada, si se cumplen un mínimo de circunstancias, es una necesidad histórica y una exigencia ética. Su resultado final puede ser problemático por intransigencia de quienes tienen más fuerza que razones, más intereses creados que patriotismo sincero, más vicios que ocultar que virtudes que mostrar. Pero su intento lo menos que conseguiría es mostrar dónde está cada quién y qué pasos quedarían por tomar.***

***Marzo, 1981.***

